

MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 1
DESEO CONCEDIDO

*Las guerreras
Maxwell.
Deseo concedido*

Megan Maxwell



Dunbar, Inglaterra

Año 1308

Lady Megan Philipps no podía creer lo que estaba oyendo. Escondida tras el marco de roble macizo escuchaba a su tía Margaret hablar con Bernard Le Cross, el obispo que tan poco le había gustado en vida a su madre.

—Ilustrísima. Es de extrema importancia que oficie las bodas aun sin los anuncios pertinentes —dijo Margaret con su atípica voz ronca.

—Lady Margaret —asintió el obispo—, para mí será un placer ocuparme de esa doble boda.

—Tengo que decir, en favor de los caballeros, que ambos conocen a las doncellas desde pequeñas y están satisfechos con la idea de desposarse con ellas y enseñarles los modales y la clase que les falta —rió con malicia—. Además, ya cuentan con veinte y dieciocho años.

—La entiendo, lady Margaret —murmuró el rollizo obispo tomando un bizcocho de semillas de anís.

—Será un acuerdo beneficioso para ambas partes. De todos modos, no se han podido negar —rió sir Albert Lynch, marido de Margaret y tío de las muchachas—. Entre los favores que me deben los caballeros y la perspectiva de meterlas en sus camas, se han entusiasmado con rapidez.

—No veo el momento en que esas salvajes desaparezcan de mi vista —escupió sin escrúpulos Margaret, mientras entregaba al sacerdote más dulces.

¡Cuánto odiaba a aquellos tres mestizos! En especial, a las muchachas. Siempre habían sido la vergüenza de la familia. Ella misma había sufrido las consecuencias de que su hermano se casara con una salvaje escocesa. Cuando todo el mundo se enteró de aquella boda, Margaret y Albert dejaron de ser invitados a los bailes y actos sociales de la época. Pero ahora que su hermano George y la salvaje de su cuñada habían muerto, ella se ocuparía del futuro de aquellos mestizos.

Incrédula, Megan escuchaba los oscuros planes de su tía, apoyada sobre el bonito marco que su padre había mandado construir. Aquella casa, que tantos momentos bonitos había albergado en vida de sus padres, ahora se había transformado en un hogar siniestro a causa de la presencia de sus tíos.

«Esta mujer está loca», pensó Megan, pálida como la cera. Al escuchar aquello, casi se le había paralizado el corazón. Pretendían que su hermana y ella se casaran con dos enemigos de su padre. Los hombres que siempre lo repudiaron por el simple hecho de unirse en matrimonio con su madre, Deirdre. Aquellos que siempre las habían mirado con ojos llenos de lascivia.

—Me imagino que ambas desaparecerán de estas tierras —prosiguió el obispo con indiferencia, mientras se limpiaba las comisuras de su arrugada boca con una delicada servilleta de lino—. Con sinceridad, lady Margaret, quitarse de encima a esas dos molestias es lo mejor que puede hacer.

—Cada día es más difícil la convivencia —reprochó Albert—. Se niegan a ser sumisas y obedientes, y a comportarse como damas. Pero claro, ¡qué se iba a esperar de ellas, con la madre que han tenido y la educación que les ofrecieron!

—Se marcharán y desaparecerán de nuestras vidas —dijo tajante Margaret—. Solo permanecerá en esta casa el pequeño Zac, bajo mi tutela. Es el heredero y, como tal, lo criaré. Eso sí, sin la influencia de esas dos salvajes. Le enseñaré a ser un buen inglés para que machaque a esos malditos highlanders.

Megan no pudo escuchar más. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas dejando surcos a su paso. Necesitaba salir de allí. Con sumo cuidado, desapareció mientras se dirigía al patio trasero de la casa, junto a las preciosas flores que su madre había plantado años atrás. Tomó varias bocanadas de aire mientras corría y se internaba en el bosque.

Necesitaba hablar con John de Lochman, el mejor amigo de sus padres, por lo que se internó en el bosque en busca de aquel que siempre les había dado consuelo, desde que sus progenitores desaparecieran.

Agotada por la carrera, paró unos instantes a descansar. La angustia le hacía maldecir en voz alta agitadamente.

—¡Bruja! ¡Maldita bruja!

—¿Qué te ocurre, Megan? —dijo una voz junto a ella asustándola.

—¡Oh, Shelma! —exclamó al reconocer a su hermana—. Tenemos que encontrar con urgencia a John.

—Está en los establos con Patrick. Pero ¿qué te pasa?

—Shelma, tía Margaret pretende casarnos. A ti con sir Aston Nierter y a mí con sir Marcus Nomberg.

—¿Qué?! —gritó incrédula. Odiaba a aquellos hombres, tanto como ellos a ellas—. Pero... pero si esos hombres nos desprecian.

—¡Ojalá se pudran en el infierno! —vociferó Megan—. Pretenden quitarnos del medio, para educar a Zac y quedarse con todas las propiedades de papá. ¡Ven, debemos encontrar a John!

El corazón les latió con fuerza cuando comenzaron a correr por el florido bosque de álamos.

—Pero John ¿qué va a hacer? —preguntó llorosa Shelma—. Él no puede ayudarnos. Lo matarán.

—No sé qué hará —respondió sin aire Megan—. Pero al morir papá, me pidió que, si alguna vez me veía en peligro, acudiera a él.

Tomadas de la mano, fueron hasta las majestuosas caballerizas, donde uno de los hombres de John las saludó y les indicó dónde encontrarlo. Sorteando con audacia a hombres y caballos, llegaron hasta el lateral de las caballerizas. Agotadas, vieron a John con las riendas de un precioso caballo en las manos.

—¡Cuánta belleza junta! —exclamó John acercándose a ellas.

Aquel gigante de casi dos metros adoraba a las muchachas, al igual que había adorado a su dulce madre Deirdre. De pronto se paró en seco y, observando los ojos vidriosos de las jóvenes, preguntó:

—¿Qué ocurre aquí?!

—Una vez dijiste que si alguna vez nos veíamos en peligro te lo dijera —jadeó Megan agarrando a su hermana—. Tía Margaret quiere casarnos este fin de semana con sir Aston Nierter y sir Marcus Nomberg.

—¿Qué estás diciendo, muchacha? —gritó mientras el corazón le latía acelerado.

Era imposible. ¿Cómo iban a hacerles aquello a esas dos adorables muchachas? Sir Marcus y sir Aston eran dos caballeros del rey Eduardo II, duros y despiadados, que nunca aceptaron el matrimonio entre George y Deirdre por el simple hecho de ser ella escocesa. ¿Cómo demonios se iban a casar con ellas?

—Entiendo que tienes que pensar en ti —prosiguió Megan, quien ardía de rabia por lo que iban a hacerles—. Nosotras no queremos que tengas problemas ni con ellos ni con nadie. Pero

estoy desesperada, John, no sé adónde ir, ni qué hacer para que mis hermanos no sufran la injusticia que mis tíos quieren para ellos.

—Muchacha —dijo John tocándole la barbilla con afecto—. Hace años prometí a tu padre que si algún día él faltaba, yo me ocuparía de ustedes. Después de su muerte, su madre también me lo pidió, y jjuré ante Dios que así lo haría, y lo haré!

—Pero ¿adónde podemos ir? —lloriqueó una asustada Shelma—. Siempre hemos vivido aquí. Este es nuestro hogar. Esta es nuestra casa.

—Las llevaré con su abuelo.

—¿Qué?! —exclamó, perpleja, Megan—. ¿Nuestro abuelo?

—Angus de Atholl, del clan McDougall —asintió John con firmeza.

—Pero... pero... —comenzó a balbucear Shelma, pero las palabras se ahogaron en su garganta, horrorizada por tener que acercarse a los terribles highlanders.

—Vive cerca del castillo de Dunstaffnage.

—¿Crees que querrá ocuparse de nosotros? —preguntó Megan tomando aire. Salir de las tierras inglesas para meterse en zona escocesa era muy peligroso—. Nunca hemos tenido contacto con él, y quizá tampoco quiera saber nada de nosotras.

—Ustedes no. Pero su madre siguió en contacto con él a través de mí durante todos estos años. Angus es un buen hombre, adoraba a su madre y sufrió mucho cuando ella decidió abandonarlo para correr a los brazos de su padre. Al principio se enfadó muchísimo. No entendía cómo su preciosa hija se podía haber enamorado de un inglés. Pero el cariño que sentía por su madre y la amabilidad de su padre le hizo entender y aceptar ese amor.

—¿Será buena idea acudir a él? —volvió a preguntar Megan mientras intentaba calmar a su hermana, que seguía sollozando.

—Sí, muchacha —asintió John con rabia en la mirada y en sus palabras—. Creo que esta es la única opción que tienen para librarse de la crueldad de sus tíos y de esos maridos que les quieren imponer.

—Está bien —aceptó Megan sintiendo cómo un frío extraño le recorría la espalda—. ¿Cuándo salimos? Y, sobre todo, ¿cómo avisaremos a nuestro abuelo?

—Mañana por la noche, cuando todos duerman, será un buen momento.

—Estaremos preparadas con Zac —afirmó Megan decidida.

—Iremos a caballo, no podemos ayudarnos de ninguna carreta, por lo que tomen lo justo. ¡Ah!, y lleven ropa de abrigo, en las Highlands la necesitarán.

Aquella noche, en el saloncito azul, mientras esperaban a que terminaran de servir la cena junto a sus crueles tíos, ambas hermanas permanecían en silencio.

—Están muy calladas hoy, niñas —reprochó su tía mirándolas con ojos de serpiente venenosa, mientras se metía una cucharada de caldo en su arrugada boca.

—Hoy hemos dado un largo paseo por los alrededores de Dunhar —inventó Megan—. Creo que eso nos ha cansado en exceso, tía.

—Y, como es lógico, han estado montando a caballo como un par de salvajes, ¿verdad? —preguntó la mujer sabiendo cómo las muchachas montaban sus caballos.

—Hemos montado a caballo como nuestra madre nos enseñó —contestó Shelma mirándola desafiante.

—¡Otra salvaje! —se burló sir Albert Lynch, su tío.

—No les permito que hablen así de nuestra madre —murmura-

ró Megan dando un golpe en la mesa con la mano, mientras lo miraba a través de sus ojos negros con odio y desprecio.

—Y a mí no me gusta que me hables con ese descaro —respondió Albert secamente.

—¡Tengo hambre! —protestó Shelma intentando tranquilizar a su hermana.

—Tranquilo, Albert —agregó Margaret, limpiándose la boca con la servilleta de lino—. Esta situación durará poco tiempo. Relájate y disfruta.

En ese momento apareció William, el criado de la casa. Mirando a las jóvenes con un gesto de complicidad, les guiñó un ojo y curvó la boca a modo de sonrisa. Odiaba a los Lynch. Nunca le había gustado la manera en que aquellas personas se comportaban con las niñas.

—Señores, han llegado sir Marcus Nomberg y sir Aston Nierter.

Al oír aquellos nombres, a Shelma le dio un vuelco el corazón. Entretanto, Megan, con una frialdad inusual en ella, contenía la rabia y rogaba tranquilidad a su hermana con la mirada.

—Oh..., qué encantadora visita —rió Margaret como una serpiente, mientras se levantaba junto con su marido para atender a los invitados—. Tomen asiento. Cenaremos todos juntos.

—Lady Margaret, sir Albert —saludó Marcus—. Pasábamos por aquí, pero no pretendemos molestar.

—Ustedes nunca molestan —sonrió la mujer con su falso gesto—. Para nosotros es un honor contar con su agradable compañía.

—Por favor, caballeros —indicó sir Albert—. Estamos encantados con su visita. Compartan nuestra cena.

—Si insisten... —asintió de buen agrado sir Aston—. Yo lo haré con mucho gusto.

Sir Marcus, un hombre alto, despiadado y estirado, se atusó su ridículo bigote al sentarse junto a Megan. Mientras, sir Aston, entrado en carnes y con su característico olor a rancio, se acomodó al lado de Shelma.

William intercambió una rápida mirada con Megan y salió del salón mientras ella le dedicaba una fría sonrisa a sir Marcus, a pesar del asco que le daba su cara marcada de viruela y sus ojos de ratón.

—Lady Megan, esta noche está especialmente encantadora —dijo Marcus devorándola con la mirada.

«No puedo decir lo mismo de usted», pensó ella observando a su hermana.

—Gracias, sir Marcus —respondió con una forzada sonrisa.

Megan era una preciosa y joven muchacha que atraía las miradas de los hombres por su exuberante pelo oscuro y sus ojos negros como la noche.

—Lady Shelma, usted también está preciosa con ese vestido azul —señaló sir Aston rozando con la mano el cabello castaño de la joven, y dejándola sin palabras.

—¡Qué galantes son, caballeros! —afirmó Margaret, mientras William volvía a entrar y con gesto serio indicaba a otro criado que les sirviera caldo.

La cena fue una auténtica humillación. Tanto Megan como Shelma, en diferentes ocasiones, tuvieron que apartar y sujetar las lascivas manos que bajo la mesa, una y otra vez, se posaban sobre sus faldas con intenciones nada inocentes. Agotada por los disimulados forcejeos y con ganas de gritar, Megan se levantó. Tomando a su hermana de la mano, se disculpó con intención de marcharse.

—No sean antipáticas, niñas —las detuvo Margaret, que tenía muy claro su plan—. Seguro que nuestros invitados desearán dar un paseo por los alrededores.

Con desgano y malhumorada, Megan se dirigió hacia la puerta, pero una mano la atrapó por la cintura haciéndola frenar.

—¿Tan cansada estás? —Oyó la voz pastosa de sir Marcus, mientras notaba cómo los dedos de este la agarraban con fuerza de la cintura.

—Hoy hemos tenido un día agotador —se disculpó Shelma.

Sujetando con firmeza a las jóvenes, sir Aston y sir Marcus salieron de la luminosa estancia del salón. Sin importarles los gestos contrariados de las doncellas, tras bajar los escalones de la entrada, se desviaron hacia un lateral de la casa. Un lugar oscuro y sombrío. Una vez allí, nada pudieron hacer para continuar juntas. Sir Aston tomó un camino diferente llevándose del brazo a Shelma, mientras Megan bullía de rabia.

—¿A qué se debe ese gesto tan serio? —preguntó sir Marcus.

—Considero que sería más apropiado que los cuatro permaneciéramos juntos —contestó Megan intentando corregir la dirección—. No me parece adecuado quedarnos a solas. No está bien visto.

—Escocesa, existen tantas cosas que no están bien... —rio sir Marcus empujándola contra la pared de la casa y comenzando a manosearla.

—¿Qué hace?! —gritó Megan enfurecida dándole un fuerte empujón—. ¿Se ha vuelto loco?

—Loco me tienen tus cabellos, tus ojos —respondió él aplastándola contra la pared, mientras intentaba meterle su asquerosa lengua en la boca y sus manos luchaban por subirle el vestido—, tus lozanos pechos, y no veo por qué esperar más tiempo, si finalmente serás para mí.

Asustada y rabiosa, se vio inmovilizada por aquel hombre que le sacaba apenas una cabeza. Notó cómo la mano de él se introducía por su escote para tocar salvajemente sus pechos.

—¡Suélteme, asqueroso patán! —gritó ahogada por la impotencia de verse así y observar en la lejanía que su hermana estaba en la misma situación—. O juro que no seré consciente de mis actos.

—Tu fiereza me hace ver que serás ardiente en mi cama, escocesa —rió entre dientes al verse manejando la situación—. Una vez que te tenga desnuda en mi lecho, harás todo lo que a mí se me antoje.

—Se lo he advertido —exclamó levantando una de sus rodillas y dándole con todas sus fuerzas donde sabía que le dolería.

Inmediatamente se vio liberada y sir Marcus rodó por el suelo aullando de dolor.

—¡No volverá a tocarme en su vida! O no responderé de mis actos —escupió Megan.

En ese momento se oyó un nuevo aullido. Era sir Aston, quien tras haber recibido un empujón por parte de Shelma había caído al suelo clavándose las espinas de los rosales. Shelma, sin esperar un instante más, se reunió con su hermana. Juntas entraron rápidamente en la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Margaret, sentada frente a la lujosa chimenea.

—¡Esos hombres se han propasado con nosotras! —gritó Megan echando fuego por los ojos—. ¿Qué es lo que pretenden hacer? ¿Qué es eso de que seremos para ellos?

—La verdad —sonrió Albert—. A partir de ahora tendrán que ser cariñosas y complacientes con sus prometidos.

—¡Ellos no son nuestros prometidos! —chilló Shelma.

—Lo son —sentenció Margaret viendo entrar a aquellos hombres en la habitación con gesto contrariado—. En pocos días, se desposarán con ellos y nadie lo podrá impedir.

—Me niego a... —comenzó a decir Megan, pero sir Marcus le dio una bofetada que la hizo caer al suelo.

Al ver aquello, Shelma se abalanzó sobre él, pero sir Aston, rojo de rabia, la tomó por el cuello y la tiró también.

—¡Caballeros! —intervino Margaret sin levantarse de su silla—. Entiendo que estas salvajes les hagan perder la cordura, pero, aunque solo sea por la memoria de mi queridísimo hermano George, esperen a estar desposados para tratarlas como se merecen.

«Eres lo peor», pensó Megan mirando a su tía.

—Será un auténtico placer —gruñó sir Marcus, quien tras un saludo salió de la habitación seguido por sir Aston.

—¡¿Unirnos a estos hombres?! ¿Cómo puedes permitir semejante osadía? —vociferó Megan mientras ayudaba a su hermana a levantarse del suelo.

—He dispuesto con el obispo sus enlaces. No se hable más.

—Mis padres no consentirían esta barbaridad —manifestó Megan, tocándose su dolorida mejilla.

—Querida niña —rio Margaret con altivez—, no olvides que ellos ya no están aquí, y la que decide su futuro soy yo. Casar a dos mestizas, en los tiempos que corren, no es nada fácil.

—Su sangre escocesa y salvaje —continuó Albert riendo como una hiena— será derrotada.

—Son... —balbuceó Megan, a punto de lanzarse sobre su tío.

—Estamos cansadas —interrumpió Shelma obligando a su hermana a mirarla—. Ahora, si nos disculpan, deseamos retirarnos. Buenas noches.

Sin detenerse, corrieron hacia sus habitaciones encontrándose por el camino con Edelmira, la mujer de William, quien sin pensarlo las abrazó, acunándolas como cientos de veces lo había hecho durante aquellos duros años.

—No podemos continuar aquí —sollozó Shelma.

—Ay, niñas mías —susurró Edelmira—. ¿Qué podríamos hacer para ayudarlas?

—No te preocupes, Edel —la tranquilizó Megan abrazándola—. Algo se nos ocurrirá.

Al día siguiente, la mañana amaneció soleada. El cielo era azul cálido, pero el humor de ambas era oscuro y desafiante. Shelma se asustó al ver la mejilla hinchada de Megan. Debían escapar. ¡Sus vidas corrían peligro!

John, que no había dormido la noche anterior preparando el viaje, se horrorizó al verlas en aquel estado. Pero, tras tranquilizarse, les informó que había conseguido la ayuda de dos hombres, y que las esperarían de madrugada en la parte trasera de la casa, junto a la arboleda.

Aquella noche, mientras cenaban con Margaret y Albert, se alegraron de que estos no tuvieran ganas de charlar, por lo que pronto se retiraron a su habitación.

En la quietud de la noche, Megan fue hasta el cuarto donde dormía su pequeño hermano Zac: un niño de apenas un año, rubio e inquieto. Lo tomó con delicadeza y, tras envolverlo en una capa de piel, salió con todo el cuidado que pudo para no despertarlo. Shelma esperaba en la puerta, vigilando que nadie los escuchara. Bajaron con cuidado la escalera. Cuando atravesaban la cocina, de pronto una voz las paralizó.

—Les hemos preparado algo para el camino —dijo William saliendo de las sombras junto a Edelmira—. Quiero que sepan que nunca me olvidaré ni de ustedes ni de sus padres, y siento en el alma no poder ayudarlos en nada más.

—¡William, por Dios, no digas nada! —pidió Megan hablando en susurros para no despertar a Zac.

—Ay, niñas mías —sollozó Edelmira con tristeza mientras le daba a Shelma un paquete con queso, pan y leche para Zac—. Los echaré mucho de menos.

—Y nosotras a ti —susurró Shelma acercándose para darle

un beso—. Ahora, marchamos. Nadie tiene que saber que nos han visto. No queremos ocasionarles problemas.

Alargando la mano, Megan tomó la de William, quien, con una triste sonrisa, asintió antes de soltarla.

—Que la felicidad sea la dicha de su futura vida —suspiró el anciano mayordomo.

—Gracias, William —le agradeció Megan con una sonrisa en la boca mientras Edelmira la abrazaba.

—Cúidense, por favor —murmuró el hombre tomando a su mujer antes de desaparecer entre las sombras.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó Margaret, que llevaba una vela encendida en las manos. Al descubrir a las jóvenes, preguntó—: ¿Qué hacen, insensatas?

Paralizadas con el pequeño Zac en brazos, no supieron qué hacer hasta que William y Edelmira, saliendo de las sombras sin pensarlo, empujaron a Margaret hacia un lado, con tan mala suerte que la vela que esta llevaba en la mano cayó sobre el cesto de la ropa sucia, prendiendo todo con la rapidez de la pólvora.

—No es momento de pararse a mirar —indicó William—. Corran. Corran y no miren atrás.

—¡Pero William...! —gritó Megan viendo a Edelmira en el suelo junto a su tía.

—¡Por favor, márchense y busquen la felicidad! —gritó empujándolas.

La intranquilidad se apoderó de ellas desde el momento en que comenzaron a correr. Pero, a mitad de camino, un grito desgarrador procedente de la garganta de William hizo que Megan se pare en seco y mire hacia atrás. El fuego se había apoderado de toda la cocina y comenzaba a subir hacia la planta de arriba. Con los ojos llenos de lágrimas, las hermanas Philiphs comprendieron el triste final de aquellos dos ancianos que las

habían ayudado. Cuando las manos de John las agarraron y las llevaron hasta la arboleda sin perder tiempo, comenzaron un peligroso y agotador viaje, hasta el hogar de su abuelo, muy lejos de Dunhar.